

23 Agosto 1918

Madrid

NUEVO MUNDO

ABRAHAM LINCOLN Y WALT WHITMAN

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III.....



EN aquella tan pintoresca y viva enumeración poética, homérica, que, como acostumbraba, nos da de un montón de sucesos el enorme poeta — y profeta — yanqui Walt Whitman en su poema *Walt Whitman*, después de presentarnos otros muchos, dice entre ellos: «el comedor de opio se reclina con la cabeza rígida y los labios entreabiertos; la prostituta arrastra su chal, su gorra se bambolea sobre su nuca borracha y abubonada; la turba se ríe de sus soccos juramentos; los hombres se burlan y se hacen guiños unos á otros — ¡miserables!, yo no me río de vuestros juramentos, ni vosotros tampoco —; el presidente, celebrando Consejo del Gabinete, está rodeado por los ministros; en la plaza se pasean tres matronas solemne y amistosamente de bracete; la tripulación del balandro pesquero estiba repetidas capas de *halibut* (un gran pescado plano de los mares del Norte) en la cala; ...» Y así sigue.

¿No es así, lector, como mejor se comprende, pues que se la comprende poéticamente, la celebración de un Consejo de ministros, ó grandes secretarios — *great secretaries* —, que es como les llama Walt Whitman? Sí, así, entre una ramera borracha que arrastra su chal y bambolea su cofia, y tres jamonas que se pasean por la plaza — ¡la de Oriente? — de bracete, así es como mejor se comprende una sesión de Consejo de ministros.

Walt Whitman, el que vió así un Consejo de ministros, entre un carpintero que cepilla una tabla; un cazador que persigue á un pato; un diácono que se ordena con las manos cruzadas ante el altar; un maquinista que se remanga la camisa; una hermana que tiene la madeja mientras la mayor hace el ovillo y se detiene á ratos por los nudos; una esposa de un año reponiéndose y feliz á la semana de haber parido su primer hijo, etc., etc.; Walt Whitman, que vió así un Consejo de ministros, no fué un político en el sentido (específico de la palabra — mucho menos un *politician* —, pero contribuyó á formar el alma civil de la gran Democracia norteamericana más, mucho más que la inmensa mayoría de los políticos norteamericanos contemporáneos de él.

En un tiempo, mientras una ramera borracha arrastraba su chal, jurando soezmente y dando que reír á los miserables, y unas matronas se pasaban de bracete por la plaza, celebraba su Consejo con sus grandes secretarios el gran presidente Abraham Lincoln. Y este Lincoln es el que dijo — en un discurso en el Liceo de Jóvenes de Springfield, en el Illinois, el 27 de Enero de 1837 — que cabe encontrar muchos grandes y buenos hombres bastante calificados para cualquier tarea que emprendiesen, y cuya ambición no aspiraría á nada más allá de un asiento en el Congreso ó una silla gubernatorial ó presidencial. «Pero los tales no pertenecen á la familia del león ó á la nidada del águila», decía Lincoln, león y águila él, ó mejor querubín de la civilidad, león, águila, toro y hombre.

A Lincoln dedicó Walt Whitman uno de sus más sentidos cantos — y de los más regulares —, el titulado *O Captain!, my Captain!* «Oh, capitán!, ¡mi capitán!» O mejor caudillo. Aquel hombre — todo un hombre —, que era todo él un poeta — todo un poeta —;



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SALAL.ES



aquel hombre que se cantó á sí mismo — «lo que hay de más común, de más barato, de más cercano, de más fácil, es yo» —; aquel hombre, que al darse á todos se reservó más que nadie, el prototipo del indisciplinado, llamó á Lincoln *su* caudillo: *my Captain*.

«Oh, capitán!, ¡mi capitán!, se ha acabado nuestro terrible viaje; el barco tiene estropeada cada cuaderna; se ha ganado el precio que buscábamos; el puerto está cerca, oigo las campanas, el pueblo todo gritando, mientras siguen con sus ojos á la firme quilla, al barco severo y osado; pero, ¡oh, corazón, corazón, corazón!, ¡oh, sangrientas gotas de rojo!, allá en la cubierta yace mi capitán, caído, frío y muerto. ¡Oh, capitán!, ¡mi capitán!, levántate y oye las campanadas; levántate — para ti flamea la bandera, para ti resuenan los clarines, para ti ramilletes y guirnaldas —; para ti se llenan de gente las playas; á ti te llaman, la agitada masa, volviendo sus caras áridas; aquí, capitán, ¡querido padre!, este brazo bajo tu cabeza; es un sueño el que hayas caído sobre cubierta frío y muerto. Mi capitán no responde, sus labios pálidos y quietos; mi padre no siente mi brazo, no tiene pulso ni voluntad; el barco está anclado seguro y sano, su viaje terminado y hecho; de la terrible excursión vencedora la nave entra con su objeto ganado; regocijos, costas, y resonad, campanas; pero yo, con paso triste, paseo la cubierta en que mi capitán yace caído, frío y muerto.»

Al presidente Lincoln dedicó, además, Walt Whitman aquel largo himno de entierro — *burial hymn* — que comienza: «Cuando últimamente florecieron las lilas en el jardín y el lucero se hundió temprano en el cielo poniente en la noche, yo me dolí y he de dolerme con cada primavera que vuelva. ¡Oh, primavera, que siempre vuelves!, me traes de seguro una trinidad: las lilas floreciendo perrecinas, la estrella hundiéndose en el poniente y el pensamiento de ¡quién á quien quiero.»

Y además de esos dos poemas, estas líneas: «Este polvo fué en un tiempo el Hombre, dulce, sencillo, justo y resuelto —, bajo cuya cautelosa mano, contra el más torpe crimen conocido en la Historia en tierra y edad algunas, se salvó la Unión de Estos Estados.»

Walt Whitman dió al mundo sus poemas para definir América, su atlética Democracia — nos lo dice él mismo —; nos dejó un libro que es un hombre, un espejo de la más desbordante vida colectiva — este espejo es su alma, es su libro y es él mismo —, y al morir, mano en el timón durante la tormenta, el capitán, el presidente que celebraba Consejos con sus grandes secretarios mientras la ramera borracha arrastraba su coral y las dos hermanas devanaban su madeja, descubrió al Hombre. Pero es que aquellos Consejos que presidía Lincoln, y en que se decidía continuar la lucha contra el esclavismo y la secesión, eran muy otra cosa que esos Consejos que se creen de prudencia, y en que los consejeros, avestruces de páramo que no vuelan ni á un jeme del suelo pedregoso y yermo, agachan las cabezas bajo las alas.

Miguel de Unamuno

